
REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Marzo 1.º de 1919

EL MOVIMIENTO LITERARIO EN COLOMBIA

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA UNIVERSIDAD DE
COLUMBIA EL 13 DE AGOSTO DE 1918

(Conclusión)

José María Samper escribió varias comedias que pueden también figurar entre las mejores del teatro español. La mejor y la más conocida es la intitulada *Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna*, y nos ofrece un cuadro vívido del contacto de dos civilizaciones. Don Pascasio es el antiguo alcalde de aldea, maestro absoluto en su diminuto dominio, despótico e ignorante. Es en pequeño lo que Facundo Quiroga en la obra inmortal de Sarmiento, lo que Juan Manuel de Rosas en la presidencia de la República Argentina. Pero, lo mismo que Facundo y Rosas, sucumbe don Pascasio ante los adelantos de una nueva civilización.

Cuántos poetas insignes podría mencionar todavía! José Joaquín Ortiz, Diego Fallon, José Asunción Silva, cuyo famoso *Nocturno* ha sido proclamado por los mismos españoles una de las más hondas elegías escritas en castellano; Rafael Pombo, que murió en 1912 a la

edad de ochenta años, y escribió admirables poesías líricas, fábulas dignas de Iriarte y de Samaniego, y un afamado poema de amor, intitulado *Edda*, que hizo a su autor célebre en toda la América española. Este poema fue publicado bajo el seudónimo. Se creyó que era obra de una mujer, y la supuesta poetisa bogotana fue calificada de «Safo cristiana» y juzgada digna sucesora de la inmortal poetisa griega.

Entre los poetas de la nueva generación, que están todavía en la fuerza de su genio, descuella Guillermo Valencia. Nativo de Popayán, como Caldas y Arboleda, es generalmente reconocido como el primer poeta contemporáneo de Colombia, y tal vez de la América española. En sus versos se hermanan admirablemente el vigor de los realistas y la dulzura de los clásicos.

No terminaré esta conferencia sin hablaros otra vez de un autor cuya obra me parece sumamente importante, y que considero como uno de los más grandes entre los escritores latinoamericanos. Es el director de la Academia colombiana, el insigne orador sagrado Rafael María Carrasquilla.

La oración fúnebre es uno de los más bellos adornos de varias literaturas. La hallamos entre los antiguos griegos, en boca de Pericles y de Demóstenes. No falta entre los romanos, y sabemos el efecto prodigioso de la arenga de Marco Antonio ante las vestiduras ensangrentadas de César. Pero entre los cristianos la oración fúnebre toma un significativo nuevo. Ya no se limita al elogio del finado. Sabe sacar el orador profundas enseñanzas del espectáculo de la muerte. Así se nos ofrece la oración fúnebre en boca de San Gregorio Nacianceno, de San Ambrosio, y más cerca de nosotros, de este príncipe de los oradores cristianos, Bossuet.

Es un hecho sorprendente en la historia de la literatura que España, que ha sido durante tantos siglos

uno de los baluartes del catolicismo, que tiene en sus tradiciones católicas su mayor título de gloria, como se lo mostró el genio incomparable de Menéndez y Pelayo, no haya tenido entre sus grandes escritores un solo orador sagrado. Tiene España grandes historiadores, insignes novelistas, sabios teólogos; podemos colocar a Calderón y a Lope de Vega al lado de Racine y de Shakespeare; pero, a quién colocaremos al lado de Bossuet?

La literatura colombiana contemporánea ha suministrado a la lengua castellana un orador sagrado, discípulo de Bossuet. Es el director actual de la Academia colombiana, el presbítero Rafael María Carrasquilla.

Carrasquilla ha escrito también obras filosóficas, algunos cuentos deliciosos que pueden colocarse al lado de los mejores de Leopoldo Alas; pero pasará a la posteridad como el orador que todavía faltaba a nuestra literatura.

La oración fúnebre, nos ha dicho él mismo, es ante todo un acto de justicia, elogio a los méritos de los servidores de Dios, preparación remota a la sentencia severa de la historia. Es también un lamento ante la horrible desproporción que media entre los designios de los grandes hombres y el breve espacio de la vida de que disponen para realizarlos. Por fin, es lección severa a los poderosos de la tierra sobre la pequeñez de la grandeza humana.

En las oraciones fúnebres de los arzobispos de Bogotá, Arbeláez, Paúl y Mosquera, el señor Carrasquilla nos ha trazado de mano maestra la historia de la Iglesia en Colombia durante un siglo entero; se ha elevado todavía a mayor altura en la oración fúnebre del Sumo Pontífice León XIII. En la de Rafael Núñez, nos ha presentado un cuadro vivísimo de la obra del insigne estadista que, por la fuerza de su genio político, acertó en

cambiar por completo la política de su país. Y hemos oído hace poco la oración fúnebre de uno de los héroes de la independencia, Antonio Nariño, que rebosa del más acendrado patriotismo. Y todo esto expresado en una prosa admirable, de la que sólo Carrasquilla tiene el secreto, y que lo coloca en el primer rango entre los escritores hispano-americanos.

Os leeré el exordio de la oración fúnebre de León XIII:

«Ilustrísimo señor. Excelentísimo señor.

Una vez más me corresponde la triste, aunque edificante tarea de dictar ante vosotros, desde esta cátedra, las lecciones fecundísimas de la muerte. Sólo que hoy no se trata de un padre de familia que haya partido dejando viuda la esposa, sin apoyo los hijos, enlutado el hogar, ni de un prelado diocesano cuya grey haya quedado huérfana de pastor, ni de un repúblico insigne, bienhechor de la patria; no es una familia sola, ni sólo una diócesis, ni una nación siquiera; el orbe de la tierra es quien se ha estremecido al oír la noticia infausta: el Papa León, ha muerto!

Cuando el Ángel de la Eternidad, por orden de Dios, se inclinó respetuoso sobre el lecho del Pontífice moribundo y cortó suavemente el último hilo que ligaba aquella alma poderosa con el endeble cuerpo, la campana mayor de la basílica de San Pedro vibró en los aires, la siguieron las de las cuatrocientas iglesias de la Ciudad Eterna; y, así como al caer la piedra en el estanque se van formando ondas concéntricas que llegan hasta las riberas, así aquel tañido de tristeza fue extendiéndose por el universo entero; y asordaron los dobles de los bronce desde las torres caladas de las grandes catedrales góticas, y les respondió el esquilón agudo medio oculto bajo el alero de la capillita de

cañas y juncosalzada por el misionero en los grandes lagos donde nace el Congo, o al pie de la imponente mole coronada de nieve, que es cuna del Nilo portentoso.»

Si ahora buscamos una nota común en todos los escritores de quienes os he hablado, y en otros muchos no menos grandes que no he mencionado por falta de tiempo, la hallaremos en el acendrado amor a la libertad que los anima a todos sin excepción, al lírico Rafael Pombo y a Cuervo el filólogo, al revolucionario Felipe Pérez y al sacerdote católico Carrasquilla. En esto todos están acordes. Las páginas más bellas de la literatura colombiana constituyen un himno a la libertad. Y si la historia de Colombia nos presenta sombras, páginas escritas con sangre y que desgarran el alma del verdadero patriota, todas estas faltas se han cometido también en nombre de la libertad.

JOSÉ LUIS PERRIER

DE RE HISTORICA

(A Monseñor Rafael María Carrasquilla)

§ I

Voy a ensayar, en estas páginas la demostración de que el *Colegio Mayor del Señor Santo Tomás de Aquino*, o sea el Colegio del Rosario fue fundado el 18 de diciembre de 1652, y no en 1653 u otra época posterior, como se verá por los siguientes argumentos y documentos de que hablé a la ligera en los números 411 y 412 de *El Gráfico*.